Se puede concluir que la doctrina de san Josemaría sobre los sacramentos en general es trasunto de la fe enseñada por el Magisterio de la Iglesia. Y, a la vez, cabe destacar cómo acentúa el papel decisivo de los sacramentos para vivir la vida cristiana en plenitud, de acuerdo con la llamada a la santidad que Dios dirige a todos los fieles, sin excluir a ninguno. La función que asigna a los sacramentos es tan central, que, aun siendo consciente del valor de otras realidades –en especial de la oración–, a veces los cita como si fueran el único medio de santificación; y lo son, en cierto sentido, porque de ellos derivan todos los demás. La oración, la meditación del evangelio, la atención a la predicación de la Palabra divina, se ordenan y reciben su fuerza última de la vida sacramental. Pero san Josemaría recuerda a la vez que, si deseamos que los sacramentos sean de veras fuerza de salvación, no basta recibirlos, por así decir, pasivamente, sino que deben ser acogidos de forma que comprometan, que la gracia que comunican se lleve a la vida. Frecuentar los sacramentos, resistiéndose a su influjo en la vida, sería desvirtuarlos, dejar de lado que "cada sacramento es el amor de Dios, con toda su fuerza creadora y redentora" (CONV, 115), y por tanto, cerrar las puertas a ese amor.

Voces relacionadas: Bautismo y Confirmación; Eucaristía; Liturgia: Visión general; Liturgia y vida espiritual; Matrimonio; Penitencia, Virtud y sacramento de la; Sacerdocio ministerial.

Bibliografía: Ernst Burkhart - Javier López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudios de teología espiritual,* III, Madrid, Rialp, 2013, pp. 468-510; Antonio Miralles, "Aspetti dell'ecclesiologia soggiacente alla predicazione del beato Josemaría Escrivá", en GVQ, V/1, pp. 177-198; Víctor García-Hoz, "Sobre la pedagogía de la lucha ascética en *Camino*", en José Morales (coord.), *Estudios sobre Camino*, Madrid, Rialp, 1988, pp. 181-211; María Mercedes Otero, "El «alma sacerdotal» del cristiano", en Pedro Rodríguez - Pio G. Alves de Sousa - José Manuel Zumaquero (dirs.), *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei. En el 50 aniversario de su fundación*, Pamplona, EUNSA, 1985, pp. 293-319; Ana María Sanguineti, "Dimensión sacramental de la vida cotidiana de los hijos de Dios en su Iglesia: un aporte teológico", en GVQ, V/2, pp. 215-231.

Antonio MIRALLES

SAGRADA ESCRITURA

1. La Sagrada Escritura, Palabra de Dios. 2. La Biblia, libro de oración. 3. El Evangelio, vía para configurarse con Cristo. 4. La Escritura en la predicación de san Josemaría.

Una frase que estaba ya presente en la enseñanza del papa León XIII, "la Sagrada Escritura es como el alma de la Teología", resonará, años más tarde, en el Concilio Vaticano II, cuando, al citar la Const. Dogm. *Dei Verbum*, 24, se diga además que la palabra escrita de Dios, junto con la Sagrada Tradición, constituyen los "cimientos perpetuos" en los que la ciencia teológica se robustece firmemente y se rejuvenece de continuo, "investigando a la luz de la fe toda la verdad contenida en el misterio de Cristo". San Josemaría aprendió a vivir esa verdad durante su permanencia en el Seminario de Zaragoza, poniendo un interés especial en el estudio de la Biblia; así lo reflejan, entre otras cosas, las máximas calificaciones obtenidas en las asignaturas de Introducción y Exégesis de los Libros Sagrados. A partir de ese estudio y de su experiencia de oración ya desde niño, se puede decir que supo penetrar –de una manera práctica– en la gran verdad teológica del valor insondable de la Escritura.

1. La Sagrada Escritura, Palabra de Dios

La lectura de la Biblia es para el cristiano, y lo era para san Josemaría, un acto que debe realizarse con veneración, con conciencia de encontrarse delante del testimonio escrito de la Revelación; es decir,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

con una actitud de escucha que manifiesta el amor: "Oímos ahora la Palabra de la Escritura, la Epístola y el Evangelio, luces del Paráclito, que habla con voces humanas para que nuestra inteligencia sepa y contemple, para que la voluntad se robustezca y la acción se cumpla. Porque somos un solo pueblo que confiesa una sola fe, un *Credo*; un pueblo *congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*" (ECP, 89). Junto a esto consideraba la poquedad humana delante de la grandeza de la Palabra de Dios: "Si acudimos a la Sagrada Escritura, veremos cómo la humildad es requisito indispensable para disponerse a oír a Dios. *Donde hay humildad hay sabiduría*, explica el libro de los Proverbios (Pr 11, 2). Humildad es mirarnos como somos, sin paliativos, con la verdad. Y al comprender que apenas valemos algo, nos abrimos a la grandeza de Dios: ésta es nuestra grandeza" (AD, 96).

En efecto, buscaba leer e interpretar la Sagrada Escritura con el mismo espíritu con que se escribió, procurando penetrar intelectual y vitalmente en el sentido de los textos sagrados. No pocas veces se servía del Antiguo Testamento, haciendo ver su valor perenne y poniendo como ejemplo de vida y de fidelidad a Dios algunas figuras de profetas y patriarcas. Las experiencias de los diversos personajes del pueblo elegido eran para él algo personal: "No sé qué te ocurrirá a ti..., pero necesito confiarte mi emoción interior, después de leer las palabras del profeta Isaías: «ego vocavi te nomine tuo, meus es tu!» –Yo te he llamado, te he traído a mi Iglesia, ¡eres mío!: ¡que Dios me diga a mí que soy suyo! ¡Es como para volverse loco de Amor!" (F, 12).

Al mismo tiempo hacía ver que ese recorrido histórico-salvífico confluía en la plenitud de la Revelación, en el Nuevo Testamento, que hace brillar con nueva luz la salvación iniciada por medio de la Antigua Alianza. Enseñaba así, en modo concreto, la unidad y continuidad de la Escritura, y el hecho de que la verdad revelada se encuentra en los distintos textos, aunque no siempre en todos con la misma claridad: "Si recorréis las Escrituras Santas, descubriréis constantemente la presencia de la misericordia de Dios: *llena la tierra* (Sal 33 [Vg 32], 5), se extiende a todos sus hijos, *super omnem carnem* (Si 18, 12); *nos rodea* (Sal 32 [Vg 31], 10), *nos antecede* (Sal 59 [Vg 58], 11), *se multiplica para ayudarnos* (Sal 36 [Vg 35], 8), y continuamente *ha sido confirmada* (Sal 117 [Vg 116], 2). Dios, al ocuparse de nosotros como Padre amoroso, nos considera en su misericordia (Sal 25 [Vg 24], 6): una misericordia *suave* (Sal 109 [Vg 108], 21), *hermosa como nube de lluvia* (Si 35, 26)" (ECP, 7).

La homilía prosigue haciendo ver la continuidad y, al mismo tiempo, la mayor luz en la Revelación, invitando a contemplar el mismo tema desde la perspectiva neotestamentaria: "Jesucristo resume y compendia toda esta historia de la misericordia divina: *bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia* (Mt 5, 7). Y en otra ocasión: *sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso* (Lc 6, 36). Nos han quedado muy grabadas también, entre otras muchas escenas del Evangelio, la clemencia con la mujer adúltera, la parábola del hijo pródigo, la de la oveja perdida, la del deudor perdonado, la resurrección del hijo de la viuda de Naím (Lc 7, 11-17). ¡Cuántas razones de justicia para explicar este gran prodigio! Ha muerto el hijo único de aquella pobre viuda, el que daba sentido a su vida, el que podía ayudarle en su vejez. Pero Cristo no obra el milagro por justicia; lo hace por compasión, porque interiormente se conmueve ante el dolor humano" (ECP, 7).

En otro momento, en una apretada síntesis, san Josemaría completa el razonamiento: "Advierte la Escritura Santa que hasta *el justo cae siete veces* (Pr 24, 16). Siempre que he leído estas palabras, se ha estremecido mi alma con una fuerte sacudida de amor y de dolor. Una vez más viene el Señor a nuestro encuentro, con esa advertencia divina, para hablarnos de su

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

misericordia, de su ternura, de su clemencia, que nunca se acaban. Estad seguros: Dios no quiere nuestras miserias, pero no las desconoce, y cuenta precisamente con esas debilidades para que nos hagamos santos" (AD, 215).

San Josemaría leía la Biblia *in sinu Ecclesiæ*. Las enseñanzas de los Padres y Doctores de la Iglesia iluminaban constantemente su interpretación de la Escritura. Bastaría mencionar las citas de san Agustín, san Jerónimo, san Juan Crisóstomo o santo Tomás de Aquino, por nombrar algunos de los autores que mencionaba con mayor asiduidad. La Tradición viva de toda la Iglesia encontraba un eco enriquecedor –no era solamente repetición– en sus comentarios a los sagrados textos.

Valoraba el sentido y la profundidad de la Palabra de Dios como Revelación del misterio de Dios y de los hombres, y por eso se acercaba siempre a la Escritura con el deseo de conocer su verdad insondable. Como decía Mons. Del Portillo, "dio pruebas constantes de un respeto extraordinario hacia la Sagrada Escritura que, junto con la Tradición de la Iglesia, es la fuente de la que se nutría ininterrumpidamente para su oración personal y para su predicación" (Del Portillo, 1994, pp. 147-148).

2. La Biblia, libro de oración

La Sagrada Escritura, tanto en sí misma como incorporada a la liturgia, era fuente de esa oración personal y de ese diálogo contemplativo con Dios, que san Josemaría buscaba en cada momento de su existencia. Recitando el Oficio Divino con amor y atención, vivía en primera persona aquello que había escrito en los años treinta: "Tu oración debe ser litúrgica. –Ojalá te aficiones a recitar los salmos y las oraciones del misal" (C, 86). Este consejo era una realidad que se había plasmado en su propia vida. En la celebración diaria del Sacrificio Eucarístico y en la recitación del Oficio Divino rezaba haciendo suyos los pasajes de la Escritura. En particular sabía alegrarse y sufrir, agradecer, perdonar y pedir con insistencia al Señor repitiendo las palabras del salmista, que conocía en muchos casos de memoria. Como anotaba Mons. Del Portillo, "me admiraba la facilidad con que citaba de memoria y con exactitud frases de la Sagrada Escritura. Hasta en sus conversaciones familiares traía a colación textos sagrados para mover a los presentes a una oración más honda" (Del portillo, 1994, p. 150).

Frecuentemente la Palabra inspirada suscitaba en su oración personal el deseo de acrecentar las virtudes, de vivir de fe, de esperanza y de amor. "Dios es el de siempre. –Hombres de fe hacen falta: y se renovarán los prodigios que leemos en la Santa Escritura. –«Ecce non est abbreviata manus Domini» –¡El brazo de Dios, su poder, no se ha empequeñecido!" (C, 586). "«In te, Domine, speravi»: en ti, Señor, esperé. –Y puse, con los medios humanos, mi oración y mi cruz. –Y mi esperanza no fue vana, ni jamás lo será: «non confundar in aeternum»!" (C, 95). "La solución es amar. San Juan Apóstol escribe unas palabras que a mí me hieren mucho: «qui autem timet, non est perfectus in caritate». Yo lo traduzco así, casi al pie de la letra: el que tiene miedo, no sabe querer. –Luego tú, que tienes amor y sabes querer, ¡no puedes tener miedo a nada! –¡Adelante!" (F, 260).

3. El Evangelio, vía para configurarse con Cristo

Ya en 1933 san Josemaría había escrito: "Al regalarte aquella Historia de Jesús, puse como dedicatoria: «Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo»" (C, 382). No era solamente un consejo, sino algo que el fundador del Opus Dei había procurado vivir con diligencia: "Hemos de reproducir, en la nuestra, la vida de Cristo, conociendo a Cristo: a fuerza de leer la Sagrada Escritura y de meditarla, a fuerza de hacer oración" (ECP, 14).

Consciente de que la vida del cristiano tiene un solo objetivo, configurarse con

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Cristo, había escrito: "En la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar. Ya está todo dado en Cristo, que murió, y resucitó, y vive y permanece siempre. Pero hay que unirse a Él por la fe, dejando que su vida se manifieste en nosotros, de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*, ¡el mismo Cristo!" (ECP, 104). Ya al inicio de *Camino*, escribía: "Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo" (C, 2).

Un modo práctico de mostrar esta realidad era la lectura cotidiana del Nuevo Testamento –unos versículos cada día, alrededor de cinco minutos– siguiendo el ejemplo de diversos santos. No pocas veces, anotaba alguna frase que le había llamado la atención. Ésta le servía en ocasiones de jaculatoria que, repetida durante la jornada, le ayudaba a mantener su presencia de Dios. Así lo dejó por escrito. "Esos minutos diarios de lectura del Nuevo Testamento, que te aconsejé –metiéndote y participando en el contenido de cada escena, como un protagonista más–, son para que encarnes, para que «cumplas» el Evangelio en tu vida..., y para «hacerlo cumplir»" (S, 672).

Invitaba a sus hijas e hijos en el Opus Dei a que fuesen protagonistas de los textos que leían y meditaban en el Evangelio, de modo que escuchasen las palabras de Jesús y hablasen con Él: "Para acercarse al Señor a través de las páginas del Santo Evangelio, recomiendo siempre que os esforcéis por meteros de tal modo en la escena, que participéis como un personaje más. Así –sé de tantas almas normales y corrientes que lo viven–, os ensimismaréis como María, pendiente de las palabras de Jesús o, como Marta, os atreveréis a manifestarle sinceramente vuestras inquietudes, hasta las más pequeñas" (AD, 222).

Esa misma invitación la repetía frecuentemente en sus escritos, que en no pocas ocasiones ponían de relieve su modo de leer, meditar y aplicar la vida de Jesucristo a la realidad cotidiana: "Mezclaos con frecuencia entre los personajes del Nuevo Testamento. Saboread aquellas escenas conmovedoras en las que el Maestro actúa con gestos divinos y humanos, o relata con giros humanos y divinos la historia sublime del perdón, la de su Amor ininterrumpido por sus hijos. Esos trasuntos del Cielo se renuevan también ahora, en la perenne actualidad del Evangelio: se palpa, se nota, cabe afirmar que se toca con las manos la protección divina; un amparo que gana en vigor, cuando vamos adelante a pesar de los traspiés, cuando comenzamos y recomenzamos, que esto es la vida interior, vivida con la esperanza en Dios" (AD, 216).

"Cuando se ama a una persona –afirmaba en otro momento– se desean saber hasta los más mínimos detalles de su existencia, de su carácter, para así identificarse con ella. Por eso hemos de meditar la historia de Cristo, desde su nacimiento en un pesebre, hasta su muerte y su resurrección. En los primeros años de mi labor sacerdotal, solía regalar ejemplares del Evangelio o libros donde se narraba la vida de Jesús. Porque hace falta que la conozcamos bien, que la tengamos toda entera en la cabeza y en el corazón, de modo que, en cualquier momento, sin necesidad de ningún libro, cerrando los ojos, podamos contemplarla como en una película; de forma que, en las diversas situaciones de nuestra conducta, acudan a la memoria las palabras y los hechos del Señor" (ECP, 107).

4. La Escritura en la predicación de san Josemaría

Ya en el inicio de su ministerio pastoral y luego, desde el momento en que Dios le encomendó la tarea de realizar el Opus Dei en la tierra, san Josemaría se apoyó en la Revelación para anunciar el mensaje que Dios le había confiado para transmitir a la humanidad.

Meditó asiduamente los textos bíblicos, especialmente los del Nuevo Testa-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

mento, y puso de relieve nuevos aspectos y matices que quizá en un largo periodo de la Iglesia no se habían sacado a la luz. No consideraba la Biblia como un depósito inerte, sino como instrumento vital del que el Señor se sirve para infundir vida sobrenatural a quienes la leen con humildad y deseos de aprender. Una prueba elocuente –comenta Mons. Del Portillo– es la originalidad de sus comentarios a la Escritura, siempre incisivos e inmediatos; no son conclusiones al servicio de una precisa espiritualidad ni simples ejemplos que ilustran conceptos o ideas predeterminados (cfr. Del Portillo, 1993, 149).

Predicando, presentaba la Escritura de tal modo que ella misma expresaba su potencia carismática y sobrenatural, dejando ver su densidad espiritual. En sus manos la Biblia no era jamás un texto erudito o una fuente de citas o lugares comunes. Su predicación acercaba las almas a Dios y a la conversión de corazón. No trató nunca de ser original, porque estaba convencido de que la Palabra de Dios es siempre nueva, y conserva intacta su irresistible fuerza de atracción, si se la proclama con fe.

De ordinario acudía a textos de la Escritura Santa para expresar las luces que el Señor le había hecho ver de un modo muy claro como elementos integrantes del carisma fundacional: la llamada universal a la santidad, el sentido de la filiación divina, la santificación de la vida ordinaria por medio del trabajo.

Su ministerio de la Palabra, su predicación pastoral y sus homilías se nutrían continuamente de la Palabra de Dios y se vigorizaban en la meditación personal y en el estudio, teniendo delante de sí las personas a las que se dirigían sus enseñanzas: "sus meditaciones se caracterizaban por el uso continuo de textos y pasajes evangélicos, que a través de su voz, cobraban vida sugestiva y llena de inspiración", decía una de las personas que participó o asistió a un curso de retiro espiritual predicado por él (cfr. Del Portillo, 1993, p. 148).

En la meditación personal de la Escritura y en la posterior predicación se advierte un acopio del tesoro acumulado por la Tradición cristiana. Su lectura eleva hacia una mejor comprensión de lo que el texto afirma. En su predicación se nota cómo los tres niveles –*lectio, meditatio, contemplatio*– se apoyan en una verdadera exégesis de hondo sentido teológico. Su oración partía de la *lectio*. La *meditatio* lo llevaba hacia la *contemplatio*, a tener siempre presente en su mente y en su corazón las escenas de la vida de Cristo.

Como consecuencia de esta actitud de profundización en el sentido del Nuevo Testamento, san Josemaría examinaba su conciencia, e invitaba a los demás a seguir ese camino, teniendo delante de los ojos la figura de Jesucristo, contemplando al Hijo de Dios que ha compartido en todo nuestra naturaleza humana, excepto en el pecado (cfr. Hb 4, 15). Ese conocimiento de Cristo mueve a amarle y a imitarle. Un buen ejemplo es su comentario a la escena de los discípulos de Emaús: "Cuando, al llegar a aquella aldea, Jesús hace ademán de seguir adelante, los dos discípulos le detienen, y casi le fuerzan a quedarse con ellos. Le reconocen luego al partir el pan: El Señor, exclaman, ha estado con nosotros. *Entonces se dijeron uno a otro: ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón, mientras nos hablaba por el camino, y nos explicaba las Escrituras?* (Lc 24, 32). Cada cristiano debe hacer presente a Cristo entre los hombres; debe obrar de tal manera que quienes le traten perciben el *bonus odor Christi* (2 Co 2, 15), el buen olor de Cristo; debe actuar de modo que, a través de las acciones del discípulo, pueda descubrirse el rostro del Maestro" (ECP, 105).

Y yendo al núcleo del Evangelio, enseñaba a meditar el texto sagrado de modo que el ver a Jesús en su humanidad santísima, llevara a la contemplación del misterio divino: "Querría que os fijarais en que nadie escapa al mimetismo. Los hombres,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

hasta inconscientemente, se mueven en un continuo afán de imitarse unos a otros. Y nosotros, ¿abandonaremos la invitación de imitar a Jesús? Cada individuo se esfuerza, poco a poco, por identificarse con lo que le atrae, con el modelo que ha escogido para su propio talante. Según el ideal que cada uno se forja, así resulta su modo de proceder. Nuestro Maestro es Cristo: el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Trinidad Beatísima. Imitando a Cristo, alcanzamos la maravillosa posibilidad de participar en esa corriente de amor, que es el misterio del Dios Uno y Trino" (AD, 252).

Voces relacionadas: Jesucristo; Liturgia de las Horas; Oración.

Bibliografía: Concilio Vaticano II, Const. Dogm. *Dei Verbum*, 1965; Santiago Ausín, "La lectura de la Biblia en las «Homilías» del beato Josemaría Escrivá de Balaguer", ScrTh, 25 (1993), pp. 191-220; José María Casciaro Ramírez, "La «lectura» de la Biblia en los escritos y en la predicación del beato Josemaría Escrivá de Balaguer", ScrTh, 34 (2002), pp. 133-168; Salvatore Garofalo, "Il valore perenne del Vangelo", en Cornelio Fabro - Salvatore Garofalo - Maria Adelaida Raschini (eds.), *Santi nel mondo. Studi sugli scritti del beato Josemaría Escrivá*, Milano, Ares, 1992, pp. 156-193; Scott Hahn, "Amare la Bibbia apassionatamente. L'uso delle Scritture negli scritti di san Josemaría", *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 35 (2002), pp. 380-389; Álvaro del Portillo, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993; Francisco Varo, *Alegres con esperanza. Textos de San Pablo meditados por San Josemaría*, Madrid, Rialp, 2009; Id., "La Sagrada Biblia en los escritos de San Josemaría Escrivá", en Gonzalo Aranda - Juan Luis Caballero (eds.), *La Sagrada Escritura, palabra actual. XXV Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2005, pp. 525-547.

Bernardo ESTRADA

SAGRADA FAMILIA

1. La trinidad de la tierra. 2. La vocación matrimonial. 3. La Sagrada Familia y el Opus Dei.

La expresión "Sagrada Familia" hace referencia en el lenguaje cristiano a la familia en la tierra del Hijo de Dios hecho hombre: Jesucristo, su madre Santa María y el patriarca San José. La familia de Nazaret es el lugar de las relaciones en medio de las que "el Verbo se hizo carne" (Mt 1, 14), donde el Hijo, cuyo origen es trascendente y eterno, adquirió entonces un origen humano; lo divino y lo humano se han unido en la normalidad de una existencia familiar convertida así en lugar y ejemplo de unión entre Dios y las criaturas. María y José son las personas que más íntimamente han conocido el misterio del Verbo encarnado, y su santidad consiste en una relación auténtica y personal con Cristo, que los ha transformado interiormente sin modificar sin embargo las condiciones de vida que, a todos los efectos, son las mismas que las de cualquier familia hebrea de la época. María y José están unidos en un matrimonio en el que Dios pide a cada uno que se dé completamente a Él en la virginidad, y al mismo tiempo les da, en cuanto esposos, al propio Hijo: el Unigénito se hace hombre en la fe y en el cuerpo de María, y José es llamado a adherirse en la fe a la iniciativa divina, a convertirse en padre espiritual del Niño para darle un nombre y confirmar su pertenencia a la casa de David (Mt 1, 18-21), dando así cumplimiento a la Escritura (2 Sam 7, 12-16).

El fundamento bíblico de la devoción a la Sagrada Familia se encuentra en los dos primeros capítulos de los evangelios de San Mateo y de San Lucas, donde se narran los misterios de la infancia de Jesús y de su vida en Nazaret antes de iniciar la predicación del Reino. Estos contenidos alimentaron la vida cristiana a partir de la época medieval y más ampliamente en la Edad Moderna. En 1892 León XIII instituyó

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.